

Capítulo 20

EL APARTHEID DEL DESASTRE

Un mundo de zonas de seguridad y de zonas desprotegidas

Dar archivazo a la ficción permanente de que los desastres no discriminan, que aplastan todo en su camino con indiferencia «democrática». Plagas cero sobre los desposeídos, sobre aquellos obligados a construir sus vidas en el sendero del peligro. El sida no es diferente.

HEIN MARAIS, escritor sudafricano, 2006¹

El Katrina no fue algo imprevisible. Fue el resultado de una estructura política que subcontrata su responsabilidad a contratistas privados y abdica de su responsabilidad completamente.

HARRY BELAFONTE, músico americano
y activista por los derechos civiles,
septiembre de 2005²

Durante la segunda semana de septiembre de 2005, estuve en Nueva Orleans con Avi, mi marido, y con Andrew, con quienes había viajado a Irak para grabar material para un documental en una ciudad todavía parcialmente inundada. Cuando como cada noche, a las seis de la tarde, el toque de queda apareció de improviso, nos encontramos dando vueltas en círculos, incapaces de encontrar nuestro camino. Los semáforos habían desaparecido, y la mitad de las señales de las calles habían sido derribadas o habían sido retorcidas por la tormenta. Caminos obstruidos por el agua y escombros a lo largo de muchas carreteras, y la mayoría de la gente que intentaba sortear los obstáculos eran, como nosotros, forasteros sin idea de hacia dónde se dirigían.

Fue un mal accidente: un choque lateral a toda velocidad en una importante intersección. Nuestro vehículo fue arrastrado hasta alcanzar un semáforo, atravesó una verja de hierro forjado y quedó aparcado en el porche. Los daños causados entre las personas de ambos coches fueron, afortunadamente, menores, pero antes de que supiese esto

me ataron a una camilla y me sacaron de allí. Con una conmoción cerebral, era consciente de que dondequiera que estuviese yendo la ambulancia no estaría bien. Tuve visiones de la terrible escena de la improvisada clínica de salud en el aeropuerto de Nueva Orleans: había tan pocos médicos y enfermeras que los evacuados más ancianos dejaban de ser atendidos durante horas, desplomados en sus sillas de ruedas. Pensé en la sala de urgencias de atención primaria del hospital público Charity de Nueva Orleans. Se inundó durante la tormenta, y su personal había peleado sin fuerza para mantener a los pacientes vivos. Rogué a los auxiliares sanitarios que me dejaran ir. Recuerdo que les dije que estaba bien, verdaderamente; después debí de desmayarme.

Volví en mí cuando llegamos al más moderno y tranquilo hospital en que jamás había estado. A diferencia de las clínicas atestadas de evacuados en el Ochsner Medical Center, que ofrecían «asistencia sanitaria con «tranquilidad espiritual», allí los médicos, enfermeras y celadores, superaban en número a los pacientes. De hecho, parecía haber sólo un puñado de pacientes en una sala limpiísima. En cuestión de minutos, fui acomodada en una espaciosa habitación privada y mis cortes y hematomas fueron cuidados por un pequeño ejército de personal médico. Inmediatamente, tres enfermeras me llevaron a hacerme unos rayos X en el cuello y un gentil médico sureño me quitó algunos fragmentos de cristal y me dio un par de puntos.

Para una veterana del sistema de salud público canadiense, éstas eran experiencias totalmente desconocidas para mí. Solía esperar unos cuarenta minutos para ver a mi médico. Y esto era el centro de Nueva Orleans, la zona cero de la emergencia más grande de salud pública en la historia reciente de Estados Unidos. Un educado director de hospital vino a mi habitación y me explicó que «en América pagamos por la asistencia sanitaria. Lo siento, querida, es realmente horrible. Ojalá tuviéramos un sistema como el vuestro. Sólo rellena este formulario».

En un par de horas, sería libre para irme del hospital, si no fuera por el toque de queda que había confinado la ciudad. «El principal problema», me dijo un vigilante de seguridad privada en el vestíbulo donde estábamos esperando, «son los yonquis; están con el mono y quieren entrar a las farmacias».

Ya que las farmacias estaban cerradas a cal y canto, un médico residente fue lo suficientemente amable como para darme disimuladamente unos pocos analgésicos. Le pregunté cómo había ido en el hospital

en el momento más álgido de la tormenta. «No estaba trabajando en ese momento, gracias a Dios», dijo. «Vivo en las afueras de la ciudad.»

Cuando le pregunté si había acudido a alguno de los refugios a ayudar, pareció quedarse desconcertado por mi pregunta y un poco avergonzado. «No lo había pensado», dijo. Rápidamente cambié de tema en lo que esperaba fuese un asunto más inocuo: el destino del hospital Charity. Estaba tan infradotado que apenas funcionaba antes de la tormenta y la gente estaba ya especulando que debido a los daños del agua puede que no volviera a abrirse. «Sería mejor que lo volvieran a abrir», dijo. «No podemos atender a esa gente aquí.»

Lo que me ocurrió con este afable joven médico, y el cuidado médico tipo balneario que acababa de recibir, era la encarnación de la cultura que había hecho posible el huracán Katrina, la cultura que había dejado ahogarse a los residentes más pobres de Nueva Orleans. Como graduado en una escuela médica privada e interno en un hospital privado, había sido formado, sencillamente, para no tener que ver a los no asegurados residentes afroamericanos, en su inmensa mayoría, como pacientes de Nueva Orleans. Esto era cierto antes de la tormenta, y lo continuó siendo incluso cuando toda Nueva Orleans se convirtió en una sala de emergencias gigante: sentía compasión por los evacuados, pero esto no cambiaba el hecho de que todavía no pudiera verlos como sus potenciales pacientes.

Cuando golpeó el Katrina, la aguda división entre los mundos del Ochsner Hospital y el hospital Charity se plasmó, de repente, en el escenario mundial. Los económicamente seguros se fueron de la ciudad, se registraron en hoteles y llamaron a sus compañías de seguros. Las 120.000 personas en Nueva Orleans sin coches, que dependían del Estado para organizar su evacuación, esperaron una ayuda que no llegó, haciendo desesperadas señales de socorro o utilizando las puertas de sus frigoríficos como balsas. Estas imágenes conmocionaron al mundo porque, incluso si la mayoría de nosotros nos habíamos resignado a las desigualdades cotidianas de quienes tienen acceso al sistema sanitario y cuyas escuelas tienen equipamientos dignos, aún había una extendida suposición de que en los desastres se supone que sería diferente. Se daba por sentado que el Estado, al menos en un país rico, acudiría en ayuda de la gente durante un cataclismo. Las imágenes de Nueva Orleans mostraban que esta creencia generalizada —que los desastres son un momento de pausa para el capitalismo feroz en el que todos tiramos jun-

tos y el Estado pisa el acelerador— ya había sido abandonada y no había debate público.

Hubo un breve período de tiempo de dos o tres semanas en el que parecía que la inundada Nueva Orleans provocaría una crisis en la lógica económica que había exacerbado enormemente el desastre humano con sus implacables ataques a la esfera pública. «La tormenta destapó las consecuencias de las mentiras y mistificaciones del capitalismo en un único escenario y de repente», escribió el politólogo, nativo de Nueva Orleans, Adolph Reed Jr.³ Los hechos de esta revelación son bien conocidos: desde los diques que nunca se repararon al infradotado sistema de transporte público que fracasó, pasando por el hecho de que la preparación de la idea del desastre de la ciudad se estaba distribuyendo en DVD en los que se contaba a la gente que, si el huracán venía, deberían salir de la ciudad.

Entonces llegó la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias (FEMA), un laboratorio de la visión de gobierno de la administración Bush dirigido por corporaciones. En el verano de 2004, más de un año antes de que el Katrina golpeará, el estado de Luisiana solicitó fondos a la FEMA para desarrollar un exhaustivo plan de contingencia para el potente huracán. La petición fue rechazada. «La mitigación del desastre» —adelanto de medidas gubernamentales para hacer las consecuencias de los desastres menos devastadoras— fue uno de los planes destruidos por Bush. Sin embargo, ese mismo verano la FEMA concedió un contrato de 500.000 dólares a una empresa privada llamada Innovative Emergency Management. Su trabajo fue idear un plan «para el desastre catastrófico del huracán para el sureste de Luisiana y la ciudad de Nueva Orleans».⁴

La compañía privada no reparó en gastos. Trajo a más de cien expertos y, cuando el dinero se acabó, fue a la FEMA a por más; finalmente, la factura de la operación llegó al millón de dólares. La compañía pensó escenarios para evacuaciones en masa que cubriesen todo: desde el reparto del agua hasta la instrucción a las comunidades vecinas para identificar terrenos vacíos que pudieran ser inmediatamente transformados en complejos de casas rodantes para los evacuados; todas cosas razonables que no pasarían cuando un huracán como el que ellos estaban imaginando realmente golpeó. Eso en parte porque, ocho meses después de que el contratista presentara su informe, ninguna acción se había llevado a cabo. «El dinero no estaba disponible para la

puesta en práctica», explicó Michael Brown, director de la FEMA en ese momento.⁵ Es la historia típica del desequilibrado Estado que Bush construyó: por un lado, débil, con financiación insuficiente, un ineficaz sector público; y, por el otro, una infraestructura corporativa paralela y suntuosamente financiada. Cuando hay que pagar a los contratistas, el cielo es el límite. Cuando hay que financiar las funciones básicas del Estado, las arcas están vacías.

Así como la autoridad de la ocupación de Estados Unidos en Irak se volvió una cáscara vacía, cuando el Katrina golpeó, lo mismo hizo el gobierno estadounidense en casa. De hecho, estaba tan ausente que la FEMA parecía no poder situar el Superdome de Nueva Orleans, donde de 23.000 personas se encontraban varadas sin comida ni agua, a pesar del hecho de que los media de todo el mundo habían estado allí durante días.

Para algunos ideólogos del libre mercado, este espectáculo que el columnista del *New York Times* calificó como «lo que el gobierno no puede hacer» provocó una crisis de fe. «El derrumbe de los diques de Nueva Orleans tendrá consecuencias sobre el neoconservadurismo tan profundas como el hundimiento del Muro de Berlín lo tuvo sobre el comunismo soviético», escribió el de verdad arrepentido creyente Martin Kelly en un ensayo que se hizo circular mucho. «Con optimismo, todos aquellos que instaron a que la ideología siguiese, yo incluido, tendrán largo tiempo para considerar la equivocación de nuestros caminos.» Incluso incondicionales *neocons* como Jonah Goldberg estaban suplicando un «gobierno fuerte» que acudiese al rescate: «Cuando una ciudad se está hundiendo en el mar y los disturbios proliferan, el gobierno, probablemente, debería hacerse cargo».⁶

Ningún examen de conciencia se hizo notar en la Heritage Foundation, donde pueden encontrarse los verdaderos discípulos del friedmanismo. El Katrina fue una tragedia, pero como Milton Friedman escribió en su columna de opinión en el *Wall Street Journal*, era «también una oportunidad». El 13 de septiembre de 2005, catorce días después de que los diques se resquebrajaran, la Heritage Foundation fue la anfitriona de un encuentro de ideólogos de ideas afines y legisladores republicanos. Propusieron una lista de «Ideas pro libre mercado para dar respuesta al huracán Katrina y al alto precio del gas»: treinta y dos medidas en total, cada una, sin ningún rodeo, tomada del libro de estrategias de la Escuela de Chicago y todas ellas englobadas como «auxilio por el huracán».

Los tres primeros puntos fueron «suspender automáticamente la Ley Davis-Bacon sobre salarios prevalecientes en zonas de desastre», una referencia a la ley que requiere que los contratistas federales paguen un salario digno; hacer de la zona completamente afectada una zona empresarial con un sistema impositivo de tipo único»; y «hacer de la región entera una zona de competitividad económica (con un sistema de incentivos fiscales completo y libre de regulaciones)». Otra exigencia recogía dar a los padres cupones para usar en las escuelas chárter.*⁷ Todas estas medidas fueron anunciadas por el presidente Bush en el plazo de una semana. Finalmente fue obligado a restablecer los estándares laborales, que sin embargo fueron ampliamente ignorados por los contratistas.

El encuentro generó más ideas que obtuvieron el apoyo presidencial. Los climatólogos han vinculado directamente el incremento de los huracanes al calentamiento de la temperatura oceánica.⁸ Esta conexión, sin embargo, no detuvo al grupo de trabajo de la Heritage Foundation, que solicitó al Congreso la revocación de las regulaciones medioambientales de la Costa del Golfo, y que diera permiso para abrir nuevas refinerías de petróleo en Estados Unidos así como luz verde para «perforar en el Arctic National Wildlife Refuge».⁹ Todas estas medidas incrementarían las emisiones de gas con efecto invernadero, la mayor contribución humana al cambio climático; sin embargo fueron inmediatamente apoyadas por el presidente con el pretexto de responder al desastre del Katrina.

En cuestión de semanas, la Costa del Golfo se convirtió en un laboratorio interno con el mismo tipo de gobierno regido por contratistas que había sido pionero en Irak. Las compañías que consiguieron los contratos más importantes eran grupos conocidos en Bagdad: una unidad de la KBR de Halliburton tenía un contrato de 60 millones de dólares para reconstruir las bases militares a lo largo de la costa. Blackwater fue contratada para proteger a los empleados de la FEMA de los saqueadores. Parsons, tristemente célebre por su chapucero trabajo en Irak, entró en un proyecto de construcción de un importante puente en

* Las escuelas chárter son aquellas que firman un contrato con el Estado o con el distrito, por el cual obtienen dispensas con respecto a ciertas normas escolares generales y fondos del gobierno para poder cumplir los objetivos establecidos en dicho contrato. (*N.de la T.*)

el Misisipi. Fluor, Shaw, Bechtel, CH2M Hill —todos los más altos contratistas en Irak— fueron contratados por el gobierno para proveer de casas móviles a los evacuados sólo diez días después de que los diques se rompiesen. Sus contratos alcanzaron un total de 3.400 millones de dólares, sin necesidad de oferta previa.¹⁰

Como muchos comentaron en ese momento, en los días de la tormenta era como si la zona de seguridad de Bagdad hubiera saltado desde el Tigris y hubiera aterrizado sobre un pantano. Los paralelismos eran innegables. Para dirigir su operación en el Katrina, Shaw contrató al antiguo director de la Oficina de Reconstrucción en Irak del ejército de Estados Unidos. Fluor envió a su director superior de proyecto desde Irak a la zona inundada. «Nuestro trabajo de reconstrucción en Irak va con retraso y esto ha hecho que alguna gente pueda responder a nuestro trabajo en Luisiana», explicó un representante de la compañía. Joe Allbaugh, cuya compañía New Bridge Strategies había prometido llevar a Irak unos grandes almacenes Wal-Mart y un Seven Eleven, trataba de influir en muchos de los acuerdos. Las similitudes eran tan llamativas que algunos de los soldados mercenarios, directamente venidos de Bagdad, estaban teniendo problemas de ajuste. Cuando el reportero David Enders preguntó a un guardia armado fuera de un hotel de Nueva Orleans si había habido mucha acción, éste respondió: «No. Ésta es una zona bastante segura».¹¹

Había otras cosas que también estaban en zonas de seguridad. Sobre contratos valorados en 8.750 millones de dólares, investigadores del Congreso encontraron «significativos cobros de más, derroche o mala gestión».¹² (El hecho de que exactamente los mismos errores cometidos en Irak fueran inmediatamente repetidos en Nueva Orleans debería haber enterrado la afirmación de que la ocupación de Irak era simplemente un serie de contratiempos y errores caracterizados por la incomprensión y la falta de supervisión. Cuando los mismos errores se repiten una y otra vez, es el momento de considerar la posibilidad de que no son errores en absoluto.)

En Nueva Orleans, como en Irak, se explotó toda oportunidad de beneficio. Kenyon, una sección del megaconglomerado funerario Service Corporation International (uno de los más importantes donantes en la campaña electoral de Bush), fue contratada para recuperar los cadáveres de las casas y calles. El trabajo fue extraordinariamente lento y los cuerpos se derritieron al sol durante días. A los trabajadores de

urgencias y agentes funerarios voluntarios locales se les prohibió intervenir en la ayuda porque recoger los cuerpos afectaba al terreno comercial de Kenyon. La compañía cobró al Estado, por término medio, 12.500 dólares por víctima después de ser acusada de no poner adecuadamente las etiquetas a muchos cuerpos. Durante casi un año después de la inundación, todavía se seguían descubriendo en los desvanes cadáveres en estado de descomposición.¹³

Otro detalle de la zona de seguridad: a menudo se presenta una experiencia pertinente que no tiene nada que ver con cómo los contratistas fueron destinados. Ashritt, la compañía que cobró 500 millones de dólares por retirar escombros, según se informa, no poseía ni un solo camión vertedero y encargó todo el trabajo a contratistas.¹⁴ Más llamativo fue el caso de la compañía a la que la FEMA pagó 5,2 millones de dólares por cumplir el crucial rol de construir un campamento base para los trabajadores de urgencias en St. Bernard Parish, un barrio en las afueras de Nueva Orleans. La construcción del campamento se retrasó y nunca llegó a terminarse. Cuando el contratista fue investigado, resultó que la compañía, Lighthouse Disaster Relief, era en realidad un grupo religioso. «La cosa más parecida que he hecho a ésta es organizar un campamento de juventud con mi iglesia», confesó el pastor Gary Heldreth, director de Lighthouse.¹⁵

Como en Irak, el gobierno volvió a cumplir el rol de cajero automático equipado para retiradas y depósitos. Las corporaciones retiraron fondos mediante masivos contratos, liquidando luego al gobierno ese dinero no con un trabajo fidedigno sino con contribuciones a las campañas o con leales subordinados controlados en las campañas electorales. (Según el *New York Times*, «los más altos contratistas de servicios han gastado cerca de 300 millones de dólares desde el año 2000 en su ejercicio de presión política y han donado 23 millones de dólares a las campañas políticas».¹⁶

Y otra cosa también nos era familiar: la aversión de los contratistas a contratar a personal local, quienes podrían haber visto la reconstrucción de Nueva Orleans no sólo como un trabajo, sino como una forma de sanear y fortalecer sus comunidades. Washington podría fácilmente haber hecho de esto una condición de cada uno de los contratos para el Katrina: que las compañías contratasen a personal local con salarios dignos para ayudarles a volver a recuperar sus vidas. En lugar de eso, se esperaba de los residentes de la Costa del Golfo, como la gente de

Irak, que observasen cómo los contratistas creaban un *boom* económico basado en facilidades tributarias y regulaciones laxas.

El resultado, previsible, fue que después de que todas las capas de subcontratistas hubieran tomado su trozo del pastel, no había nada que dejar para los que trabajaban. Por ejemplo, el autor Mike Davis siguió una pista en la que FEMA pagó a Shaw 175 dólares por metro cuadrado para instalar lonas azules impermeabilizadas en los tejados dañados, aun cuando las lonas mismas estaban siendo proporcionadas por el gobierno. Una vez que todos los contratistas tomaron su parte, los trabajadores que realmente pusieron las lonas, recibieron tan sólo dos dólares por metro cuadrado. «Por decirlo con otras palabras: cada esca-lón de la cadena alimenticia contratante estaba grotescamente sobrealimentado, excepto en los últimos eslabones de la cadena», escribió Davis, «donde en realidad se realiza el trabajo».¹⁷

Según un estudio, «una cuarta parte de los trabajadores que estaban reconstruyendo la ciudad eran inmigrantes sin papeles, casi todos hispanos, ganando bastante menos dinero que los trabajadores legales». En Misisipi, una demanda colectiva obligó a varias compañías a pagar cientos de miles de dólares en salarios retrasados a trabajadores inmigrantes. A algunos no les pagaron en absoluto. En un centro de trabajo de Halliburton/KBR, trabajadores inmigrantes indocumentados contaron haber sido despertados a mitad de la noche por su empleador (un subcontratista, que supuestamente les dijo que los agentes de inmigración estaban en camino. La mayoría de los trabajadores huyeron para evitar ser detenidos; después de todo, podían terminar en una de las nuevas prisiones para inmigrantes que Halliburton/KBR había acordado construir para el gobierno federal.^{*18}

Los ataques que suponían estas desigualdades, hechos en nombre de la reconstrucción y el auxilio, no terminaron aquí. En noviembre de 2005, con el fin de compensar las decenas de miles de millones que habían ido a parar a compañías privadas en contratos y deducciones fiscales, el Congreso, controlado por los republicanos, anunció que necesitaba recortar 40.000 millones de dólares del presupuesto federal.

* No existen estudios de gran alcance acerca de las condiciones laborales en Nueva Orleans, pero el Advancement Project, un grupo de base de apoyo en Nueva Orleans, estima que el 60 % de los trabajadores inmigrantes en Nueva Orleans no han cobrado parte de su trabajo.

Entre los programas que recortaron drásticamente estaban los préstamos a los estudiantes, los programas de asistencia sanitaria a gente sin recursos (Medicaid) y los cupones para alimentos.¹⁹ En otras palabras, los ciudadanos más pobres del país subvencionaron la bonanza de los contratistas dos veces: primero durante el auxilio al Katrina, que se transformó en dádivas a corporaciones no reguladas que no proporcionaban empleos dignos ni servicios públicos funcionales y, segundo, cuando los pocos programas que directamente asistían a desempleados y trabajadores pobres a escala nacional fueron destruidos para pagar esas abultadas facturas.

No hace mucho tiempo, los desastres eran períodos de nivelación social, momentos poco frecuentes en que las atomizadas comunidades dejaban las divisiones a un lado e iban juntas. Cada vez más, sin embargo, los desastres son su opuesto: se abren puertas a un futuro cruel sin piedad en el que el dinero y la raza compran la supervivencia.

La zona de seguridad de Bagdad es la expresión más dura de este orden mundial. Tiene su propia red de suministro eléctrico, su propia telefonía y sistemas de aguas residuales, su propio suministro de petróleo y su propio hospital de tecnología punta con prístinos quirófanos protegidos con paredes de cinco metros de grosor. Es, curiosamente, como un gigante y fortificado transatlántico de la compañía Carnival Cruise, fundado en medio de un mar de violencia y desesperación, la hirviente zona insegura que es Irak. Si consigues subir a bordo, hay refrescos junto a la piscina, malas películas *made in Hollywood* y máquinas Nautilus para hacer ejercicio. Si no estás entre los elegidos, puedes conseguir que te peguen un tiro sólo por estar demasiado cerca de la pared.

En cualquier lugar de Irak, el ampliamente divergente valor asignado a diferentes categorías de personas es cruelmente evidente. Los occidentales y sus colegas iraquíes tienen puestos de control a la entrada de sus calles, muros protectores enfrente de sus casas, trajes blindados y guardias de seguridad privada de guardia a todas horas. Viajan por todo el país en amenazadores convoyes blindados, con mercenarios mostrando sus pistolas fuera de las ventanillas cuando cumplen con su principal misión de «proteger al jefe». Con cada movimiento emiten el mismo mensaje de no arrepentimiento: nosotros somos los elegidos; nuestras vidas son infinitamente más preciadas. Mientras tanto, los iraquíes de clase media se aferran al siguiente peldaño de la escalera:

ellos se pueden permitir comprar protección de las milicias locales y son capaces de pagar a los secuestradores para que liberen a un miembro de su familia. Pero la inmensa mayoría de los iraquíes no tienen protección en absoluto. Andan por las calles expuestos a cualquier posible violencia sin nada que les separe del siguiente coche bomba más que una fina capa de tejido. En Irak, el afortunado consigue fibra de Kevlar; el resto, rosarios.

Al principio pensaba que las zonas de seguridad eran un fenómeno único en la guerra de Irak. Ahora, después de pasar años en otras áreas de desastre, me doy cuenta de que las zonas de seguridad surgen en cualquier lugar en el que el complejo del capitalismo del desastre aparece, con las mismas duras particiones entre los incluidos y los excluidos, los protegidos y los condenados.

Ocurrió en Nueva Orleans. Después de la inundación, una ya dividida ciudad se convirtió en un campo de batalla entre las cercadas zonas de seguridad y las embravecidas zonas desprotegidas, el resultado no de los daños provocados por el agua sino de las «soluciones de libre mercado» adoptadas por el presidente. La administración Bush rechazó destinar fondos de emergencia para pagar los salarios del sector público, y la ciudad de Nueva Orleans, que perdió su base impositiva, tuvo que despedir a tres mil trabajadores en los meses posteriores al Katrina. Entre ellos estaban dieciséis miembros del personal de planificación de la ciudad —lo cual nos evoca la «desbaaztificación»— cesados en el preciso momento en que Nueva Orleans necesitaba planificadores de manera desesperada. En su lugar, millones de dólares públicos fueron a consultores del exterior, muchos de los cuales eran poderosos promotores estatales.²⁰ Y, por supuesto, miles de profesores fueron también despedidos, preparando así el terreno para la conversión de docenas de escuelas públicas en escuelas *chárter*, tal como Friedman había pedido.

Casi dos años después de la tormenta, el hospital Charity continuaba cerrado. El poder judicial apenas funcionaba, y la compañía de electricidad privatizada, Entergy, había fracasado al no recuperar la línea de toda la ciudad. Después de amenazar con elevar las tarifas drásticamente, la compañía consiguió arrancar una controvertida ayuda (como rescate económico) del gobierno federal. El sistema de transporte público fue desmantelado y perdió a casi la mitad de sus trabajadores. La inmensa mayoría de los proyectos de vivienda de propiedad pública estuvieron cubiertos con tablas y vacíos, con cinco mil unidades dis-

puestas para la demolición por la autoridad federal de la vivienda.²¹ De la misma manera que el *lobby* del turismo en Asia había anhelado deshacerse de los pueblos de pescadores de primera línea de playa, el poderoso *lobby* del turismo de Nueva Orleans había puesto sus ojos en proyectos de vivienda, varios de ellos en tierras de alto valor cerca del barrio francés, imán del turismo de la ciudad.

Endesha Juakali ayudó a levantar un campamento de protesta a las afueras de uno de los proyectos cubiertos con tablas, St. Bernard Public Housing, explicando que «ellos tenían una agenda para St. Bernard desde hacía mucho tiempo, pero mientras la gente vivía aquí, no pudieron hacerlo. Así que utilizaron el desastre como una manera de limpieza del vecindario cuando éste estaba más debilitado. [...] Éste es un gran emplazamiento para casas grandes y apartamentos. El único problema es que tienes a toda esta pobre gente negra asentado en él».²²

Entre las escuelas, las casas, los hospitales, el sistema de transporte público y la falta de agua limpia en muchas partes de la ciudad, la esfera pública de Nueva Orleans no estaba siendo reconstruida sino eliminada, utilizando la tormenta como excusa. En una etapa más temprana de la «destrucción creativa» del capitalismo, grandes franjas de Estados Unidos perdieron sus bases industriales y degeneraron en regiones industriales decadentes de fábricas cerradas y barrios desasistidos. El Nueva Orleans del post-Katrina puede que sea la ciudad que proporcione la primera imagen del mundo occidental de un nuevo tipo de paisaje urbano malogrado: un deteriorado cinturón destruido por la mortífera combinación de las desgastadas infraestructuras públicas y el clima extremo.

En 2007, la Sociedad Americana de Ingenieros Civiles dijo que Estados Unidos se había quedado tan atrás en el mantenimiento de sus infraestructuras públicas — carreteras, puentes, escuelas, diques — que llevaría más de un billón y medio de dólares durante cinco años devolverla a la normalidad. En su lugar, esta clase de gastos están siendo recortados.²³ Al mismo tiempo, las infraestructuras públicas en el mundo se están enfrentando a una tensión sin precedentes: huracanes, ciclones, inundaciones e incendios forestales se están incrementando en frecuencia e intensidad. Es fácil imaginar un futuro en el que un creciente número de ciudades han quitado del medio sus frágiles y descuidadas infraestructuras debido a los desastres y, después, han dejado pudrirse sus servicios esenciales jamás reparados o rehabilitados. Los pudientes,

mientras tanto, se retirarán a comunidades cercadas con acceso controlado y atendidas por proveedores privados.

Señales de este futuro se manifestaron ya en la estación de huracanes durante el año 2006. En sólo un año, la industria de respuesta a los desastres estalló con un alud de nuevas corporaciones en el mercado, prometiendo que la seguridad de toda clase no faltaría en un futuro desastre. Una de las más ambiciosas aventuras fue lanzada por una aerolínea en West Palm Beach, Florida. Help Jet se presentó como «el primer plan de escape de un huracán que convierte la evacuación de un huracán en unas vacaciones para personas de la alta sociedad». Cuando se avecina una tormenta, la aerolínea reserva vacaciones para sus miembros en complejos turísticos de cinco estrellas con campos de golf, en *spas* o en Disneylandia. Con todas las reservas hechas, los evacuados son entonces llevados rápidamente fuera de la zona del huracán en un lujoso *jet*. «Sin esperar colas, ni los jaleos de las muchedumbres, sólo una experiencia de primera clase que convierte un problema en unas vacaciones. [...] Disfruta la sensación de evitar la habitual pesadilla de la evacuación por huracanes».²⁴

Para la gente que se quedaba atrás, hay otro tipo de solución privatizada. En el año 2006, Cruz Roja firmó una nueva asociación de reacción al desastre con Wal-Mart. «Será una empresa privatizada antes de que esto acabe», dijo Billy Wagner, jefe de la gestión de emergencias para los cayos de Florida. «Ellos tienen a los expertos. Ellos tienen los recursos». Estaba hablando para la Conferencia Nacional de Huracanes de Orlando, Florida, una feria comercial anual de rápido crecimiento para las compañías que venden cualquier cosa que pueda resultar útil durante el siguiente desastre. «Algunos dijeron: “Éste es un gran negocio, mi nuevo negocio. No voy a seguir con el negocio de la jardinería ornamental; voy a ser un contratista para los escombros de los huracanes”», dijo Dave Blandford, un expositor en la conferencia, alardeando de sus «alimentos que se calientan solos».²⁵

Gran parte de la economía del desastre paralela se ha construido con dinero de los contribuyentes, gracias al *boom* de la privatización de la reconstrucción en las zonas de guerra. Los gigantes contratistas que han servido como «los principales» en Irak y Afganistán se han situado en la frecuente línea de fuego político por gastar grandes cantidades de sus ingresos provenientes de contratos con el gobierno en sus propios

construidos por personas que no creen en los gobiernos, los Estados que ellos construyen son invariablemente débiles, creando un mercado alternativo de fuerzas de seguridad, ya sea Hezbolá, Blackwater, el Ejército del Mahdi o las bandas callejeras de Nueva Orleans.

La aparición de esta infraestructura paralela privatizada va más allá de la policía. Cuando las infraestructuras de los contratistas de los años de Bush se ven en conjunto, lo que vemos es un «Estado dentro del Estado» totalmente articulado, tan fuerte y capaz como frágil y enclenque es el verdadero Estado. Este espectro de Estado corporativo ha sido construido casi exclusivamente con fondos públicos (el 90 % de los ingresos de Blackwater provienen del Estado), incluida la formación de su personal (abrumadoramente compuesto de antiguos funcionarios públicos, políticos y soldados).²⁹ Sin embargo, la inmensa infraestructura es de control y propiedad privados en su totalidad. Los ciudadanos que la han financiado no tienen, de ninguna manera, derecho a esta economía paralela o a sus recursos.

El verdadero Estado, mientras tanto, ha perdido su capacidad para llevar a cabo sus funciones esenciales sin la ayuda de los contratistas. Sus equipos propios están anticuados y los mejores expertos han huido al sector privado. Cuando golpeó el Katrina, la FEMA tuvo que contratar a un contratista para adjudicar contratos a contratistas. Asimismo, cuando llegó el momento de actualizar el manual del ejército sobre normativa para tratar con contratistas, el ejército externalizó el trabajo a uno de sus más importantes contratistas: MPRI, que no tardó mucho en tener los conocimientos internos. La CIA está perdiendo a tantos funcionarios en el sector del espionaje privatizado paralelo que ha tenido que prohibir que los contratistas hagan contrataciones en el comedor de la agencia. «Un oficial recientemente retirado dijo que había sido abordado en dos ocasiones mientras estaba en la cola del café», informó *The Angeles Times*. Y cuando el Departamento de Seguridad Nacional decidió que necesitaba construir «verjas virtuales» en las fronteras entre Estados Unidos y Canadá y México, Michael P. Jackson, subsecretario del departamento, dijo a los contratistas: «Se trata de una invitación poco habitual... Te estamos pidiendo que vuelvas y nos digas cómo hacer nuestros negocios». El inspector general del departamento, explicó que Seguridad Nacional «no tiene la capacidad necesaria para planificar eficazmente, supervisar y ejecutar el programa [Iniciativa para la Seguridad de las Fronteras]».³⁰

Con Bush, el Estado todavía tiene todos los componentes de un gobierno: edificios imponentes, informes de prensa presidenciales, batallas políticas. Pero el trabajo real del gobierno no es más que el de los empleados en el campus de Nike en Beaverton cosiendo zapatillas para correr.

Las consecuencias de la decisión de la actual cosecha de políticos de externalizar de manera sistemática sus responsabilidades electas va más lejos que una única administración. Una vez que un mercado ha sido creado, éste tiene que ser protegido. Las compañías que están en el corazón del complejo del capitalismo del desastre consideran cada vez más como competidores tanto al Estado como a las organizaciones sin ánimo de lucro. Desde la perspectiva corporativa, siempre que los gobiernos o las organizaciones benéficas desempeñan sus roles tradicionales, están denegando trabajo a los contratistas, el cual podría ser realizado con obtención de beneficios.

«Defensa desatendida»: movilizar el sector privado para apoyar la seguridad de la patria», un informe de 2006 cuyo comité asesor incluyó a algunas de las más grandes corporaciones del sector, advertía que «el impulso federal compasivo que proporciona ayuda de emergencia a las víctimas de los desastres influye en las propuestas del mercado para gestionar su exposición al riesgo».³¹ El informe, publicado por el Consejo de Relaciones Exteriores, sostenía que si la gente sabe que el gobierno va a acudir en su rescate, no tendrán el incentivo para pagar por protección privada. En la misma línea, un año después del Katrina, presidentes de treinta de las más grandes corporaciones de Estados Unidos participaron de manera conjunta bajo la autoridad de la Mesa de Negocios, entre cuyos miembros figuran Fluor, Bechtel y Chevron. El grupo, autodenominado Sociedad para la Respuesta al Desastre, se quejaba de «intrusismo» por parte del sector de las organizaciones sin ánimo de lucro tras la desgracia de los desastres. Aparentemente, las organizaciones benéficas y las organizaciones sin ánimo de lucro estaban violando sus mercados al donar material de construcción en lugar de tener a Home Depot como suministrador por unos honorarios.³²

Mucha de esta nueva agresividad afluye del hecho de que el mundo de las corporaciones sabe que la era de oro de los contratos federales sin fondo no puede durar mucho tiempo más. El gobierno de Estados Unidos se dirige a gran velocidad hacia una crisis económica, gracias,

en no menor medida, al déficit por haber financiado la construcción de la economía del desastre privatizada. Esto significa que antes o después, los contratos van a descender significativamente. A finales de 2006, analistas de Defensa comenzaron a predecir que el presupuesto de adquisiciones del Pentágono podría disminuir hasta un 25 % en la década siguiente.³³

Cuando la burbuja del desastre estalle, compañías como Bechtel, Fluor y Blackwater perderán gran parte de sus ingresos principales. Aún tendrán todo el engranaje y equipos de alta tecnología comprados a costa del contribuyente, pero necesitarán encontrar un nuevo modelo de negocios, una nueva forma de cubrir sus altos costes. La nueva fase del complejo del capitalismo del desastre es bastante clara: con emergencias en alza, el gobierno incapaz de pagar la cuenta, y con los ciudadanos abandonados por su Estado inoperante, el Estado corporativo paralelo realquilará su infraestructura del desastre a cualquiera que pueda permitirse el lujo, y a cualquier precio que el mercado pueda tolerar. Se pondrá a la venta todo: desde un helicóptero que se encarama a los tejados hasta el agua potable y las camas de los refugios.

La riqueza proporciona escapes para la mayoría de los desastres: compra de sistemas de alerta temprana para regiones propensas a *tsunamis* y reservas de Tamiflu para el próximo estallido; compra de agua embotellada, generadores, teléfonos vía satélite y policías de alquiler. Durante el ataque de Israel al Líbano en 2006, el gobierno de Estados Unidos, al principio, intentó cargar a sus ciudadanos el coste de sus propias evacuaciones; sin embargo, fue finalmente forzado a echarse a atrás.³⁴ Si continuamos en esta dirección, las imágenes de la gente tirada en los tejados de Nueva Orleans no serán sólo el reflejo de un pasado irresuelto de desigualdad racial en Estados Unidos sino también el presagio de un futuro colectivo de *apartheid* del desastre en que la supervivencia estará determinada por quienes puedan permitirse el lujo de escapar.

Pensando en el futuro de los desastres por llegar, tanto ecológicos como políticos, a menudo suponemos que los vamos a afrontar todos, que lo que hace falta son líderes que reconozcan el curso de la destrucción en el que estamos. Pero no estoy tan segura. Quizás, parte de las razones del porqué tantas de nuestras élites, políticas y corporativas, son tan optimistas acerca del cambio climático es que están seguras de que podrán comprar su salida de los peores atolladeros de todo esto. Esto

puede también explicar parcialmente por qué los sostenedores de Bush son cristianos que creen que el Apocalipsis es inminente. No es sólo que necesiten creer: es que existe una vía de escape del mundo que están creando. Es que el Rapto es una parábola de lo que están construyendo aquí: un sistema que invita a la destrucción y al desastre, que les hace caer en picado de helicópteros privados y, junto a sus amigos, tomar el puente aéreo hacia una seguridad divina.

Como contratistas se precipitan a desarrollar fuentes alternativas estables de ingresos. Una vía son los sistemas de protección contra los desastres de otras corporaciones. Ésta era la línea de negocio de Paul Brenner antes de que se fuera a Irak: convertir multinacionales en burbujas de seguridad capaces de funcionar sin problemas incluso si los Estados dentro de los que están operando se están desmoronando a su lado. Los primeros resultados pueden verse en los vestíbulos de muchos de los más importantes edificios de oficinas de Nueva York o Londres: registros completos al estilo de los aeropuertos con el requisito de identificación fotográfica y aparatos con rayos X. Pero la industria tiene ambiciones más grandes, incluidas las privatizadas redes de comunicaciones globales, la salud y la electricidad en situaciones de emergencia, y la capacidad para situar y proporcionar transporte a una mano de obra global en medio de un importante desastre. Otra potencial área de crecimiento identificada por el complejo del capitalismo del desastre es el gobierno municipal: contratación de policía externa y cuerpos de bomberos a compañías de seguridad privadas. «Lo que hacen para los militares en el centro de Faluya, lo pueden hacer para la policía en la ciudad de Reno», dijo un portavoz de Lockheed Martin en noviembre de 2004.³⁵

La industria pronostica que estos nuevos mercados se extenderán de manera drástica en la próxima década. Una visión franca de dónde son importantes estas tendencias la proporciona John Robb, un antiguo comandante para misiones de operaciones encubiertas de Delta Force convertido en un exitoso consultor de dirección. En un manifiesto ampliamente difundido por la revista *Fast Company*, describe el «resultado final» de la guerra contra el terror como «una nueva y más resistente aproximación a la seguridad nacional, no construida en torno al Estado sino alrededor de ciudadanos privados y compañías. [...] La seguridad se convertirá en una función de dónde vives y para quién trabajas, tanto como la asistencia médica ya destinada».³⁶

Robb escribe: «Las personas adineradas y las corporaciones multinacionales serán las primeras en desistir de pagar la fianza de nuestro sistema colectivo, optando, en cambio, por contratarse compañías militares privadas, tales como Blackwater y Triple Canopy, para proteger sus hogares e instalaciones y establecer un perímetro protector en torno a su cotidianidad. Redes de transporte paralelas, surgidas a partir de compañías de aviones multipropiedad como Netjets, de Warren Buffet, darán servicio a ese grupo, y con sus miembros de un lado a otro haciendo siempre inversiones seguras». La élite mundial está ya en gran parte en su lugar, pero Robb pronostica que la clase media hará pronto lo mismo «al formar barrios residenciales para compartir los gastos de la seguridad». Estos «“barrios blindados” desplegarán y mantendrán generadores adicionales y enlaces de comunicaciones» y serán patrullados por milicias privadas «que han recibido formación corporativa y disponen de sus propios sistemas de tecnología punta para responder a las emergencias».

En otras palabras, un mundo de zonas residenciales de seguridad. En lo que respecta a aquellos que estén fuera del perímetro de seguridad, «se las tendrán que ver con los restos del sistema nacional. Gravitarán en torno a las ciudades norteamericanas donde estarán sujetos a la ubicua vigilancia y a los marginales o inexistentes servicios. Para los pobres, no habrá otro refugio».

El futuro que Robb describe se parece mucho al presente de Nueva Orleans, donde dos clases muy diferentes de comunidades cercadas surgen de los escombros. Por un lado, están las llamadas casas FEMA: desoladas, campamentos apartados para los evacuados con bajos ingresos contruidos por subcontratas de Bechtel o Fluor, gestionados por compañías de seguridad privada que patrullan los terrenos sin asfaltar, con visitantes restringidos, libres de periodistas y con un trato a los supervivientes como si fueran criminales. Por otro lado, las comunidades, también cercadas, construidas en las áreas ricas de la ciudad como Audubon y el Garden District, burbujas de funcionalidad que parecen haberse separado del Estado completamente. En las semanas de la tormenta, los residentes tenían agua y potentes generadores de emergencia. Sus enfermedades se trataron en hospitales privados y sus hijos fueron a las nuevas escuelas contratadas. Como es habitual, no tenían necesidad de usar el transporte público. En St. Bernard Parish, un barrio residencial de Nueva Orleans, DynCorp había asumido mucho más que la vigilancia;

otros vecindarios contrataron compañías de seguridad directamente. Entre los dos tipos de Estados soberanos privatizados, estaba la versión de Nueva Orleans de la zona no protegida, donde la tasa de asesinatos se disparó y vecindarios como el ilustre Lower Ninth Ward se sumieron en una posapocalíptica tierra de nadie. Un canción de éxito del rapero Juvenile en el verano después del Katrina resumía la atmósfera: «Vivimos como en Haití, sin gobierno», Estado fallido de Estados Unidos.³⁷

Bill Quigley, un abogado y activista local, observó «que lo que está pasando en Nueva Orleans es sólo una versión más concentrada, más gráfica de todo lo que va a venir por todo el país. Cada ciudad de nuestro país tiene importantes similitudes con Nueva Orleans. Cada ciudad de nuestro país tiene algunos barrios abandonados. En cada ciudad de nuestro país existe educación pública, viviendas, asistencia sanitaria y justicia penal abandonadas. Aquellos que no apoyan la educación pública, la asistencia sanitaria y la vivienda seguirán convirtiendo nuestro país en un Lower Ninth Ward a menos que los paremos».³⁸

El proceso está ya en marcha. Otro reflejo de apartheid del desastre futuro puede encontrarse en un rico barrio residencial republicano a las afueras de Atlanta. Sus residentes decidieron que estaban cansados de subvencionar con sus propios impuestos las escuelas y la policía de los vecindarios afroamericanos del distrito con más bajos ingresos. Votaron dar forma a su propia ciudad, Sandy Springs, que podría gastar sus impuestos en servicios para sus 100.000 ciudadanos y no tener los ingresos redistribuidos por todo el condado de Fulton. La única dificultad en que Sandy Springs no tenía estructuras de gobierno y necesitaba construirlas desde cero; todo: desde la recaudación de impuestos a la división en zonas, los aparcamientos y la diversión. En septiembre de 2005, el mes en el que Nueva Orleans se inundó, los residentes de Sandy Springs fueron abordados por el gigante de la construcción y consultor CH2M Hill con una singular persuasión: déjanos hacerlo por ti. Por un precio inicial de veintisiete millones de dólares al año, el contratista se comprometió a construir una ciudad completa desde cero.³⁹

Pocos meses después, Sandy Springs se convirtió en la primera «ciudad contratista». Sólo cuatro personas trabajaron directamente para la nueva municipalidad: todos los demás eran contratistas. Rick Hisekorn, que dirigía el proyecto para CH2M Hill, describió Sandy Springs como «una hoja de papel limpia sin proceso gubernamental en su lugar».

A otro periodista le diría que «nadie en nuestra industria ha hecho una ciudad completa de este tamaño antes».⁴⁰

The Atlanta Journal-Constitution informó que «cuando Sandy Springs contrató a trabajadores corporativos para ejecutar la nueva ciudad, se consideraba un experimento osado». En un año, sin embargo, la obsesión por las ciudades-contrato se extendió por los barrios residenciales adinerados de Atlanta y llegó a convertirse en un procedimiento estándar en el norte de Fulton [Condado]. Las comunidades vecinas tomaron sus sugerencias de Sandy Springs y también votaron convertirse en ciudades autónomas y contratar a un contratista fuera de sus gobiernos. Una nueva ciudad, Milton, contrató inmediatamente a CH2M Hill para el trabajo. Después de todo, tenía experiencia en ese ámbito. Pronto empezaría una campaña para que las nuevas ciudades corporativas participaran de manera conjunta en la formación de su propio condado, lo que significaría que ninguno de sus dólares en impuestos iría a parar a los barrios pobres cercanos. El plan encontró una virulenta oposición fuera del enclave propuesto, donde los políticos decían que sin ese dinero recaudado de los impuestos no serían por mucho tiempo capaces de permitirse su gran hospital y el sistema público de transporte; la partición del condado crearía un Estado fallido por un lado y un hiperservicializado Estado por el otro. Lo que estaban describiendo se parecía mucho a Nueva Orleans y un poco a Bagdad.⁴¹

En estos adinerados barrios residenciales de Atlanta, las tres décadas de cruzada corporativista de vaciado del Estado se habían completado: no es sólo que cada servicio del gobierno hubiera sido subcontratado sino que también lo fueron sus propias funciones. Era especialmente apropiado que el nuevo asunto fuera roto por CH2M Hill. La corporación era una multimillonaria contratista en Irak, pagada para llevar a cabo la esencial función del gobierno de supervisar a los contratistas. En Sri Lanka, después del *tsunami*, no sólo construyó puertos y puentes, sino que también fue «responsable de la gestión global del programa de infraestructuras».⁴² En la Nueva Orleans del post Katrina, a esta corporación se le concedieron 500 millones de dólares para construir casas-FEMA y simular una alerta y estar preparada para hacer lo mismo en el próximo desastre. Una maestra en la privatización del Estado en circunstancias extraordinarias estaba ahora haciendo lo mismo bajo condiciones normales. Si Irak fue un laboratorio de radical privatización, la fase de prueba estaba claramente aquí.

Capítulo 21

PERDER EL INCENTIVO DE LA PAZ Israel como advertencia

Las grandes vallas fronterizas pertenecen no al mundo del gulag sino al mundo de las ruidosas barreras de las autopistas, de los lujosos palcos de los estadios deportivos, de las zonas para no fumadores, de las zonas de seguridad de los aeropuertos y de las «comunidades cercadas»... Éstas hacen explícitos los privilegios de los que tienen y la envidia de los que no tienen de tal manera que es embarazoso para ambos. Esto no es lo mismo que decir que no funcionan.

CHRISTOPHER CALDWELL, editor sénior de
The Weekly Standard, noviembre de 2006¹

Durante décadas, el saber convencional decía que el caos era el sumidero de la economía global. Los *shocks* particulares y las crisis podían aprovecharse como efecto palanca para forzar a abrir nuevos mercados, por supuesto, pero después de que el *shock* inicial había hecho su trabajo, la estabilidad y la paz relativas eran necesarias para sostener el crecimiento económico. Ésta era la explicación que se había aceptado del por qué los noventa habían sido años tan provechosos: con la Guerra Fría concluida, las economías fueron liberadas para concentrarse en el comercio y en la inversión, y como países que iban a estar más interconectados e interdependientes, iban a ser probablemente mucho menos una bomba los unos para los otros.

En el Foro Económico Mundial de Davos, Suiza, de 2007, sin embargo, líderes políticos y de corporaciones estaban perplejos por el estado de los acontecimientos que parecía infringir esa sabiduría convencional. Se dio a conocer como el «dilema de Davos», que el columnista del *Financial Times* Martin Wolf describió como «el contraste entre la molesta política y la economía ventajosa en el mundo». Como él expresó, la economía se había enfrentado a «una serie de *shocks*: la quiebra de la Bolsa después del año 2000; las atrocidades terroristas del 11 de septiembre de 2001; las guerras en Irak y Afganistán; friccio-